

jacobinismo mas moderado por entonces, pero que llegando á ser el mas fuerte, debia pasar como el de 93 á la mas frenética exaltacion. 1.º Habiendo tenido que cohonestar su usurpacion con una apariencia de eleccion popular, consagró y sancionó el principio de la soberanía nacional en el sentido jacobino; y aun le hizo consignar en un escrito que se esparció con profusion por toda Europa, destinado á probar que su dinastía quedaba legítimamente subrogada por la sola farsa de sus registros, á la que habia sido depuesta injusta y escandalosamente por los revolucionarios en 1792. 2.º Queriendo colocar á sus hermanos en los primeros trozos de Europa, á lo menos por algun tiempo, y no pudiendo alegar en favor de ellos ni aun el dudoso derecho de la espada, que en él, si hubiera continuado su fortuna, hubiera al fin suplido por los de la sangre. como ha sucedido siempre con los usurpadores afortunados, tuvo tambien que recurrir á la voluntad de los pueblos, que supuso espresada por las representaciones que él mismo mandaba hacer, y de este modo vulgarizó y justificó el falso principio de que un puñado de pillos, ó no pillos, que toman el nombre del pueblo, pueden á su arbitrio dar y quitar las coronas, y mudar la forma de gobierno en su país, con una cuartilla de papel en que se diga que tal es la voluntad nacional, que así lo quiere el pueblo soberano. 3.º Derramando sus inmensos ejércitos por toda la superficie de la Europa para ejecutar sus

ambiciosos proyectos, y estando compuestos aquellos de los soldados de la república y de jóvenes nacidos ó educados durante la revolucion, é imbuidos los mas en las erradas doctrinas de los revolucionarios, puede decirse que envió oírol tantos misioneros del filosofismo, los cuales as mismo tiempo que ejecutaban sumisa y fielmente las órdenes de un déspota, hablaban el lenguaje de la revolucion, y proclamaban altamente la libertad, la igualdad, los derechos imprescriptibles y la soberanía del pueblo. 4.º Aunque las constituciones que pro fórmula y para ganarse la multitud, daba á las naciones, cuyas coronas se ceñia él mismo, como las de Francia é Italia, ó distribuia entre sus hermanos, como las de Holanda, España y Westfalia, eran monárquicas y estaban combinadas con tal arte, que el príncipe era con aquellas vanas fórmulas mas absoluto que Luis XIV; al fin generalizó por este medio la idea de que el pueblo que no tiene constitucion, es decir, un pliego de papel en que se hable de una ó de dos cámaras, de un senado ó cuerpo conservador, de consejos de *Dotti é Possidenti etc., etc.*, masque luego todo esto se reduzca en la práctica á pura conversacion, es un pueblo de esclavos, poco mas ó menos, como los negros de Angola. Cuánto daño ha hecho al género humano esta manía de las constituciones, no se couoce todavía: algun dia acaso se llorará. Ya empiezan á verse en América los buenos efectos de este prurito de constitucionar á troche y moche, queriendo destruir en un dia los

hábitos de muchos siglos, y trasformar en un instante las naciones modernas en repúblicas griegas ó romanas. Este error, que para ser un pueblo bien gobernado es indispensable que tenga un papelote que se llame constitucion, y con tenga cuatro palabrotas que en la ejecucion ó se reducen á maldita de Dios la cosa, ó son causa de continas ajitaciones y revueltas, está tan arraigado en las cabezas de los literatos y no literatos, que á cada paso se ven sugetos muy estimables, muy racionales, muy enemigos del jacobinismo y de la dominacion popular, los cuales sin embargo creen que si quitada la de Cádiz no se nos dá una nueva constitucion en que se consignen los principios con instituciones análogas á las luces del siglo, y se establezca una representacion nacional dividida y arreglada de esta ó de aquella manera, quedamos perdidos para siempre, y nuestra suerte no se diferenciará mucho de la de los moros del Africa. Este es un error funesto que á su tiempo combatiré largamente; pero he querido anticipar esta indicacion, por si no llega el caso de publicar el tomo á que corresponde.

En segundo lugar, los mismos gobiernos que hoy se estremecen á vista de los peligros con que les amenaza el jacobinismo, han contribuido tambien inocentemente y sin advertirlo á reanimar este monstruo casi exánime bajo el yugo de Bonaparte. 1.º Queriendo armar á sus súbditos contra la tiranía de este opresor, recurrieron al pueblo bajo, le adularon, le prometieron cons-

tituciones ó cosa parecida, le aflojaron el freno, y le jacobinizaron en cierto modo, revelándole el secreto de su fuerza, y reconociendo tácitamente que si no es soberano de derecho, lo será de hecho el dia en que se le atufen las narices. ¡Ay del príncipe que se humilla ante la canalla! Si pronto no vuelve sobre sí y recoge velas, ya puede estar seguro de que ó él mismo ó alguno de sus descendientes morirá en la guillotina. En este punto es necesario alabar á Bonaparte. Salido de la nada, aventurero afortunado, usurpador atrevido, y debiendo temerlo todo de la inconstancia de la fortuna y de la veleidad francesa, supo sin adular á la multitud hacerse respetar, tan bien acaso como los soberanos criados y nacidos en la púrpura. “*Tout pour le peuple, et rien par le peuple,*” era su divisa, y debe serlo de todos los que gobiernan. 2.º Con el mismo designio de inspirar odio hácia la dominacion francesa toleraron, protejieron y fomentaron sociedades secretas, encargadas de concitar los pueblos contra el tirano de Europa; y como nadie gusta de quedar cesante en su oficio, las señoras sociedades, empleadas primero en conspirar contra el corso, continuaron conspirando, aun después de su caída, contra los mismos gobiernos que las habian acriciado; y á los gobiernos les sucede ahora lo que al hombre de la culebra: *Cria cuervos, y te sacarán los ojos.* Añádase á estos dos errores otro mas antiguo y capital cometido por los gabinetes de Francia y

España, que fué el de sostener la revolucion de las colonias inglesas. *Hinc mali prima labes*: allí nació, es decir, allí empezó á ponerse en práctica el moderno jacobinismo, que hasta entonces solo existia en abstractas teorías esparcidas en gran número de volúmenes. Doy aquí por sentado que la constitucion anglo-americana sea la mejor posible para aquella nueva república federativa, punto que examinaré en otro lugar; pero llamo jacobinismo moderno la especie de locura que con este motivo se apoderó de ciertas cabezas francesas y otras, la de querer trasplantar á Europa las instituciones americanas, y acomodar á vastas y antiguas monarquías un régimen que solo puede convenir por algun tiempo á unas colonias inglesas (nótese la palabra), recién emancipadas, divididas en pequeños Estados, rodeadas de inmensos desiertos por donde pueden estenderse á medida que se aumente su poblacion, y reunidas, solo para su comun defensa, por una especie de asociacion de que hasta ahora no habia ejemplo en el mundo; porque la helvética, aunque tambien es y se llama federativa, solo en el nombre se parece á la federacion americana. Añádanse tambien, aunque anteriores á la época de que tratamos, la inmoralidad de la regencia francesa en la menor edad de Luis XV, las galanterías de su reinado, el aparente liberalismo de Catalina II, Federico el Grande y José II (perdónenme los manes de estos príncipes; pero la imparcial historia no puede menos

de reconocer que ellos fueron en cierto modo los primeros fautores del jacobinismo). Añádanse los escritos de todos los filósofos del siglo XVIII, los libros de Pavia, y el concilio de Pistoia, y se tendrá la larga serie de circunstancias favorables, por medio de las cuales llegó el jacobinismo á estenderse por todas las naciones cultas del globo, y á echar tan profundas raíces que aun retoña con nuevo vigor, cuando parecia arrancado; y se verá por qué están aun ciegos muchos hombres, á pesar del costoso desengaño y terrible escarmiento que debieron ver en el curso de la revolucion francesa, y en las sangrientas guerras é innumerables calamidades que fueron su consecuencia.

Sí: es un hecho cierto aunque doloroso: el jacobinismo no solo existe, sino que está mucho mas estendido por el orbe que antes de la revolucion francesa, por efecto necesario de las causas que acabo de indicar sumariamente.

El vasto continente de la América que fué española y portuguesa, ya le vemos poseido de la manía de plantear las teorías revolucionarias con todo su séquito de representaciones nacionales, poderes ejecutivos, declaraciones de derechos, y constituciones, que bajo cualquier forma que se disfracen, son todas ellas hijas legítimas de la jacobínica de 1791, y parientas mas ó menos cercanas de todas las que sucesivamente fueron abortando las fecundas cabezas de los Sieyes y demas constitucioneros, incluso nuse-

tros pedantes de Cádiz, todos los cuales improvisan una constitucion en menos tiempo del que gasta un coplero ejercitado en componer una seguidilla. ¡Una constitucion! es decir, la ley fundamental de un Estado, de la cual dependerá en adelante la suerte de diez, veinte, treinta ó cuarenta millones de individuos. ¡Así juegan los filosofastros con el bienestar de las naciones! ¡Así hacen experimentos *in anima vili!* ¡Así se burlan de nosotros!

La isla de Santo Domingo tiene tambien su jacobínica república de negros, despues de haber imitado todas las farsas de directorios, consulados é imperios que se representaban en su antigua metrópoli, y despues de haber empezado la buena obra de su regeneracion filosófica degollando algunos miles de blancos en honor y gloria de la moderna filantropía. ¡Ah! los tales negritos algun dia, y quizá no está muy lejos, ya les pagarán á los europeos y americanos la caridad de haberlos sostenido en su rebelion, ayudándolos á conquistar sus derechos imprescriptibles, é impidiendo que Bonaparte reconquistase la isla.

Viniendo ya á la Europa, las revoluciones, ó por mejor decir, las rebeliones militares de España, Portugal, Nápoles y Piamonte, verificadas en poco mas de un año, prueban cuán estendido se halla el jacobinismo; pues ha pasado hasta el ejército, clase pasiva y obediente por su naturaleza, é interesada mas que otra alguna en sostener las prerogativas del trono, el poder del príncipe

y el orden establecido. Tal es el celo y actividad con que trabajan los hermanos de las sociedades secretas, encargadas de la propaganda.

En Francia es de esperar que la leccion pasada haga cuerda á la multitud, y que la vigilancia y sabiduría del gobierno, unidas á la dulzura y moderacion del soberano, tengan encadenado al monstruo por algun tiempo; pero no hay que descuidarse ni confiar demasiado. Hay fuegos subterráneos que el dia menos pensado pueden eausar una erupcion espantosa.

En la confederacion Germánica hay tambien bastante fuego tapado con engañosas cenizas, y sin de tenerme en cada Estado particular, baste recordar el horrible asesinato de Kotzebue, para que se vea hasta qué punto están jacobinizadas las cabezas de una gran parte de los jóvenes que siguen la carrera de las letras. Ademas, las sociedades secretas, que antes tenian por objeto un misticismo ridículo, parece que en el dia se ocupan mas en sueños republicanos que en las visiones celestiales del somnambulismo de Mesmer.

En Prusia está casi públicamente luchando la prevision del gobierno con la inconsiderada demanda de los que piden constitucion, como si no fuese buena la forma de gobierno que en menos de un siglo ha hecho del pequeño estado de Brandemburgo una grande y poderosa monarquía. Pero no es un buen gobierno monárquico lo que quieren los jacobinos, es una democracia disfran-

zada con los trampantojos de las cámaras, el veto, la independencia del orden judicial, el juri, la guardia nacional y demás zarandajas de estilo, para apoderarse ellos del poder, y dar al trono un puntapié el día en que lo crean hacedero.

En Dinamarca y Suecia puede haber algun fermento, pero no se manifiestan síntomas que puedan dar cuidado por ahora.

En Austria tampoco es temible en muchos años una esplosion jacobínica, á pesar de la mala semilla sembrada en el reinado de José II. La justicia y suavidad de un gobierno casi patriarcal, la amabilidad y prendas personales de toda la familia imperial, la libertad racional de que se goza, el carácter leal de los habitantes, y algunas otras causas menos importantes, hacen esperar que por mucho tiempo el Austria, lejos de ser el teatro de revoluciones pseudo-filosóficas en sus Estados alemanes, porque los italianos están mas que contagiados, sea al contrario, el azote de los revolucionarios, y la vengadora de los tronos. Y no es porque en Austria se temía la verdadera ilustracion; al contrario, quizá no hay país donde el gobierno promueva mas eficazmente las ciencias y las letras. La escuela politécnica de Viena, igual á lo menos, si no es superior á la de París, es una prueba sin réplica.

La Rusia, aunque muy culta en la capital, está todavía bastante atrasada en la carrera de la civilizacion para que pueda temer revoluciones

nacidas del refinamiento del saber, á lo menos en sus antiguas provincias: los trastornos que en ellas puede haber, serian efecto mas bien de barbarie que de teorías filosóficas. Ne sucede lo mismo con sus últimas adquisiciones, señaladamente con la Polonia. Este país tuvo ya tambien su chispazo de filosofismo, con el feliz resultado de que aquella barrera de la Europa perdiese su independencia, y de que para siempre quedase roto el equilibrio del poder entre las grandes naciones. Otra prueba mas de que las llamadas luces del siglo y las teorías políticas de los pseudo-filósofos, lejos de haber producido bien ninguno á la humanidad, han causado ya males irreparables; males que por largos siglos llorarán las generaciones venideras.

Y siendo este el estado actual del jacobinismo en el mundo civilizado, ¿qué deberán hacer los gobiernos europeos para prevenir sus estragos? Dos cosas: 1<sup>a</sup> Acabar con las sociedades secretas de cualquier color y denominacion que sean; porque la mas inocente puede convertirse, é infaliblemente se convertirá algun dia en club revolucionario. 2<sup>a</sup> Arrancar á los jacobinos las armas de que se valen para trastornar los gobiernos. ¿Y cómo se conseguirá esto? Muy fácilmente: adelantándose los gobiernos á remediar por sí mismos los males y á corregir los abusos que haya dignos de reforma en cada país. Estos males, estos abusos, que por desgracia existen en todas partes, son los pretextos de que los ja-

cobinos se valen para seducir á la multitud imperita; y estas son las armas que emplean para socavar los cimientos de los tronos. Por consiguiente, en quitándoles estas armas, no son ni serán nunca temibles. No quiero decir con esto que los príncipes hagan las reformas con la precipitación, inoportunidad, violencia é injusticia que los revolucionarios; sino al contrario, con la lentitud, reflexion, madurez y equidad, propias de un gobierno ilustrado y justo, que reforma, pero no destruye. Todavía es tiempo: si los gobiernos por sí mismos hacen en el cuerpo social las mejoras que la verdadera ilustracion y la sana filosofía están indicando, y las hacen con el pulso y tino que se requieren para no exasperar los ánimos ni violar los derechos de las clases y los individuos, nada tienen que temer del jacobinismo; pero si no las hacen, yo que no soy un grande hombre ni presumo de profeta, me atrevo á pronosticarles, y ¡ojalá que ó yo me engañe, ó ellos no desprecien el aviso! que antes de medio siglo el jacobinismo habrá derribado todos los tronos de Europa, y organizado en todas las naciones cultas una revolucion universal tan feroz y espantosa, que el terrorismo de Francia será una época de holganza, de paz y de ventura, comparado con los horrores y la desolacion que acompañarán al gran siglo de la regeneracion filosófica.

Si ahora se me preguntase cuáles son las reformas que se deben hacer en España, y cuáles

los medios que deben emplearse para que se verifiquen sin trastornos, sin convulsiones, sin perjuicio de tercero, y aun con aprobacion general; todavía me atreveria á dar mi voto, sin temor de engañarme en lo sustancial: en los pormenores hay mil cosas que dependen de circunstancias variables, y solo pueden determinarse en cada paso particular. Mas como, aun limitándose á las generalidades, hay que hablar de una infinidad de objetos, y para hacerlo con discernimiento seria preciso escribir un abultado volúmen, me es imposible entrar por ahora en semejante discusion. Además, tratándose de reformas, hay muchas materias en las cuales, lejos de revelar al público el secreto, es preciso ocultar mañosamente el término á que se desea llegar. Así me limitaré á dos indicaciones generales.

1ª No se crea que nuestros males se remedian con dar el título de constitucion, ley fundamental, fuero, carta ú otro cualquiera (porque los nombres no hacen nada) á un papel en que la pedantería luzca las abstrusas, sutiles y alambicadas teorías de los Benjamines, Lanjuinais, Tracys y demas comparsa de políticos constitucionales: esto seria canonizar el jacobinismo, y curar al enfermo con aforismos abstractos. Sabia organizacion del ejército y armada; buen sistema administrativo de los pueblos y provincias; mejor sistema de hacienda; arreglo del clero secular y regular, ejecutado gradualmente y dictado por la piedad; tribunales íntegros; códigos sabios, justos y practicables etc., etc.; porque es

inútil repetir lo que ya dije á las llamadas córtés en 5 de Agosto de 1820 y en otras varias ocasiones: hé aquí la constitucion que nosotros necesitamos. ¿Y quién hará todas esas útiles mejoras? El rey, ayudado de un consejo de Estado bien escogido y de un buen ministerio, compuestos ambos, no de parlanchines y petulantes escolares, sino de verdaderos hombres de Estado.

2<sup>a</sup> Supuesto que terminada ya la revolucion, el gobierno reforme gradualmente la legislacion positiva en todos sus ramos, no es necesario para sofocar el jacobinismo y encadenarle para siempre, ni perseguir á nadie, ni derramar una sola gota de sangre: basta estar á la mira de sus operaciones, y reducir á la nulidad, de que nunca debieron salir, á los pedantes y charlatanes. Entre nosotros, para acabar con una secta, basta hacer ver prácticamente que el pertenecer á ella no conduce á los empleos. Si en estos tres años de la sapientísima constitucion, el rey, por imposible, hubiera estado libre, y sin dar un solo empleo á los masones y comuneros, hubiese hecho entender que el serlo era un título de esclusion perpetua, á los tres dias hubieran quedado desiertas las torres y cerrados los talleres. Jacobinos puramente teóricos hay pocos entre nosotros: los que en la farsa constitucional han hecho el papel de tales, son traficantes de empleos.

Basta y acaso sobra de discurso preliminar: aseamos á la

### DIVISION DE ESTA OBRA.

Queda probado en el discurso antecedente, que la esencia del jacobinismo consiste en introducir en las naciones por medios violentos é injustos, y sin la competente autorizacion, reformas no necesarias, ó que en caso de serlo, deben hacerse con legítima autoridad, y por medios suaves y equitativos. Esta manía de querer reformar lo que no necesita de reforma, y la de hacer de un golpe con violacion de los derechos ajenos, y con abuso de autoridad, las mejoras que introducidas lentamente, sin perjuicio de tercero, y por medio de los legítimos gobernantes, pudieran acaso ser útiles, se fundan ambas en las absurdas y anárquicas teorías, los errados principios y las equivocadas doctrinas que el filosofismo ha predicado por todo el orbe civilizado, y á fuerza de sofismas ha logrado convertir en otros tantos dogmas políticos. Para destruir, pues, el jacobinismo, es preciso empezar por combatir los errores en que se funda, desenmarañando y refutando los especiosos argumentos con que sus defensores han logrado seducir y alucinar á los incautos. Esto es lo que yo me propongo hacer en la primera parte de esta obra. En ella, si no me engaña mucho el amor propio, reduciré á polvillo, á nada, las doctrinas de los jacobinos, y señaladamente ese conjunto de errores, falsas suposiciones é impracticables sistemas, que tan gratuitamente ha sido condecorado en nuestros dias con el pomposo título de política constitu-

cional. Y como los pedantes de Cádiz no hicieron otra cosa en la indigesta y monstruosa compilacion calificada por ellos mismos con el sacrilego dictado de *Sagrado Código*, que presentar en forma de ley la política constitucional de los jacobinos franceses; examinaré detenidamente en la segunda parte de mi escrito esa ridícula rapsodia, ese aborto de la pedantería gaditana. ¡Funesta pedantería que tan á costa nuestra se ha obstinado por espacio de doce años en connaturalizar en España á fuerza de crímenes, conspiraciones, perjurios y rebeliones armadas una planta venenosa, que aun en su tierra natal y regada con la sangre de cuatro millones de hombres, no ha podido prevalecer! En la tercera parte diré tambien algo de las principales reformas y leyes decretadas en consecuencia por las llamadas *córtes* constituyentes y constituidas en sus memorables sesiones; y concluiré esponiendo en la cuarta y última los medios secretos y públicos que el jacobinismo español ha empleado para dar cima á su empresa descabellada; pues aunque afortunadamente no hayan correspondido del todo á las esperanzas de sus autores, bueno es conocer la táctica del enemigo, y estar prevenidos contra todas sus arterias, por si aun despues de vencido se atreviese todavía é hacer alguna intentona como las pasadas.



PARTE PRIMERA.

ERRORES DE LOS JACOBINOS.

Innumerables son á la verdad; pero habiendo dividido los modernos Licurgos las leyes todas de una nacion en fundamentales y secundarias, adoptaré esta division para clasificar y refutar sus perniciosos errores; y dividiré esta parte primera en dos secciones. En la primera trataré de los que se refieren á las leyes fundamentales, ó como ellos dicen, á la política constitucional; y en la segunda de los relativos á las leyes secundarias, es decir, á todos los ramos de la legislacion positiva.